

## textos

### el presente

#### **cruzando el cuerpo de la separación**

Oriol Leira & Ignacio Castro.

Barcelona/Madrid, 3 de febrero de 2010

(Conversación con Oriol Leira)

**1. En el mes de diciembre has participado en unas charlas-debate sobre Tiqqun que ha organizado la Ciutat invisible en el barrio de Sants de Barcelona. ¿Qué novedad crees que está aportando Tiqqun en el debate político de nuestro momento histórico? ¿Se trata de un análisis político lúcido y crítico de nuestra sociedad o también hay una propuesta política sólida?** En relación a nuestra tradición "izquierdista", el conjunto de textos de Tiqqun y el Comité Invisible representa una ampliación del campo de batalla que se libra soterradamente en nuestro presente histórico. Por arriba, *Teoría del Bloom*, el *Llamamiento*, *Introducción a la guerra civil* y *La insurrección que viene* expresan, por vez primera en muchos años, la voluntad de discutirle al capitalismo una explicación global del momento histórico en que nos encontramos. Agamben, Badiou y otros (también Baudrillard) han hecho preciosos análisis críticos de nuestro orden social, pero tal vez desde *La sociedad del espectáculo* de Debord nunca nos habíamos encontrado con unos textos que se *infiltrasen* de esta manera en nuestras vidas, que diesen una visión tan alucinadamente enfrentada a la que la normalidad capitalista ofrece de sí misma. Tanto es así que, al margen incluso de los acuerdos o desacuerdos concretos con la letra de estos textos, su primera virtud es arrojar una estimulante incertidumbre acerca de lo que sea el presente, cosa impensable hace sólo diez años. Que *La insurrección que viene* pueda ser escrito y publicado ya indica por sí sólo que estamos en una época completamente distinta a lo que se pretende oficialmente, incluso desde la izquierda más o menos instituida.

Por abajo, la "ampliación del campo de batalla" que estos libros representan afecta a una subversión política de nuestra existencia cotidiana, del significado *común* de nuestra forma de vida, que hasta ayer dejábamos para una mitología privada o, como máximo, a una ontología sin implicación práctica alguna. Lejos de esto, la imagen del Imperio biopolítico con que nos provoca el Comité Invisible contrapone, al liberalismo existencial que nos envuelve, un *comunismo existencial* corrosivo. La primera función política de *La insurrección que viene* es enseñarnos a percibir de otro modo, a existir de otro modo. Aparte del hecho de que se trate de un libro ligado directamente a una praxis política eficazmente anómala, que nace de ella y vuelve a ella para rearmarla, la carne de este texto es tan violenta que, aunque después de leerlo se concluyera que "no se puede hacer nada", tras este barrido de la mirada a través de *lo que somos* el mundo ya no es el mismo. Los intensos debates que se viven en Madrid y en Barcelona, a pesar del relativo desconocimiento que todavía se notaba de esos libros, no dejaron de reflejar el carácter tremendamente revulsivo que, para *nosotros*, tienen esos textos. La conmoción política y vital que producen ya conlleva por sí misma un efecto político importante, al margen incluso de lo que sean las propuestas positivas de Tiqqun/Comité Invisible. Si la primera tarea política ante un acontecimiento nuevo es dejar de dormir bien, perder la buena conciencia y el sueño, estos libros cumplen con creces esa tarea. Después ya se verá qué hacemos con ellos. Por lo pronto, con ese "decisionismo" descarado, han sacudido nuestra inercia.

**2. Hace dos años publicaste tu ensayo "Votos de riqueza. La multitud del consumo y el silencio de**

la existencia". Tu mismo sitúas tu ensayo en la línea de textos emblemáticos del pasado como "La rebelión de las masas" de Ortega y Gasset o "La sociedad del espectáculo" de Guy Debord, en los que se ha articulado una crítica social y política de un modelo democrático que tiende a romper los vínculos entre las personas y a aislarlos. ¿Podrías comentarnos qué hipótesis, si la hay, defiendes? Mi libro, del que actualmente se está preparando la edición francesa, analiza nuestra normalidad cotidiana como un sistema monstruoso de separación, de aversión, de odio. Separación, alienación, discriminación: me siento a años luz de una mentalidad postmoderna para la cual se ha perdido el referente y todo vale. *Separación*, tanto de los hombres entre sí como con respecto al *sentido* de la tierra, esa constelación de seres callados que nos rodea por fuera, lejos, por mucho que nos declaremos *ecologistas*. Y esto *Votos de riqueza* lo hace, modestia aparte, con todo lujo de detalles, más aún en esta nueva versión. Este carácter minucioso del análisis no deja de indicar, en otro punto de contacto con Tiqqun, el grado de *implicación* que este texto mantiene con la corrupción estructural del presente, con nuestro violento integrismo, con este nihilismo de la indiferencia. Creo que no se critica "desde fuera"; desde ahí se hace una guerra, que es otra cosa. Como insisto ya en el prólogo y a lo largo del libro, solamente teniendo un pie dentro se puede asomar la cabeza fuera. Tenemos dos manos, dos hemisferios cerebrales, y es necesario usar ambos lados. Digamos que el optimismo vital, que nos permite un *entrismo* en lo mayoritario, es la condición de un pesimismo histórico que haga mella en los perfiles del presente, que permita su transformación. *Sí* y *no* simultáneos al "reino de la técnica", diría Heidegger. *Cólera* y *serenidad* diría Deleuze, para mi gusto más actual, más útil para este turbio presente.

En tal aspecto problemático, *Votos de riqueza* mantiene una fuerte empatía con la perspectiva "apocalíptica" de Tiqqun, no en vano se les cita bastante. Pero también se diferencia de ella seriamente. Mi libro precisamente critica de manera implacable el orden político y mental de Occidente desde una relación metafísica con la existencia, desde una afirmación de la comunidad de la tierra y de la finitud, este entorno de misteriosos seres sin "lenguaje". Me temo que tal afirmación, a estos jóvenes radicales franceses, les parecería incomprensible, conservadora o tal vez excesivamente "mística". Ambas posiciones, la mía y la de ellos, son, digámoslo así, hijas de Agamben. Aunque la mía mantiene una *escucha* del reposo y de la "contemplación", una fidelidad a la *subversión* que es en sí misma la singularidad de vivir, aquí y ahora, que a ellos les resultaría en exceso "metafísica". Es como si ambas actitudes fueran también descendientes de Nietzsche, pero una del Nietzsche encarnado en la figura del León, que ha de tener enemigos y no soporta una buena relación con la invisibilidad y la calma, y otra encarnada en la figura del Niño, que sabe que todo es juego, que la estupidez es necesaria y que es necesario jugar con ella.

*Votos de riqueza*, no me lo oculto, critica de manera extremadamente discutible casi todo lo que consideramos normal o intocable. Pero lo hace desde una experiencia de la finitud que es radicalmente "antihegeliana", quiero decir, que *cree* firmemente en el sentido de lo real y por tanto, no necesita ninguna *superación*, ni creer en una perspectiva histórica o revolucionaria que nos *salve*. Más bien defiende una especie de *regreso*. En realidad, mi crítica no puede soportar la idea de una "solución" política. La *solución* que se ofrece en mi libro arranca de *empuñar la perdición*, de tragársela. No puedo creer en ningún sistema político que no sea pasajero. Lo cual no quita, claro está, que no considere urgente un cambio histórico-cultural en esta parte del mundo.

Otra cuestión importante en mi trabajo es la indisimulada simpatía por las culturas exteriores, esas que tachamos fácilmente de *atrasadas*, no democráticas, no respetuosas con los "derechos humanos"... En definitiva, no individualistas, comunitarias. Mi idea es que frente a China, frente a Rusia o el enorme mundo del Islam, también frente a la enérgica vitalidad de Colombia o Brasil, nos hemos quedado

patéticamente anticuados. En contra de lo que pensaba Fukuyama, la caída del Muro de Berlín nos arrojó a un mundo donde nuestra “globalidad” enseguida se mostró patéticamente pueblerina. No hace falta más que un viaje un poco libre a San Petersburgo o a Casablanca para comprender que, a pesar de nuestro poderío militar, somos ridículos. *Votos de riqueza*, a través de esa visión tragicómica de nuestro campo de concentración, es también la invitación a un viaje latente, a otro modo de percepción de lo inmediato, que espera tras la caída de los velos “universalistas” que nos aíslan.

El hecho de que mis textos citen tanto a Deleuze, Foucault, Agamben o Nietzsche, como a Cioran, Jünger, Ortega o Baudrillard, ya indica que, para bien o para mal, mi perspectiva no cree en tanto en una revolución precisamente política o ideológica, cuanto más bien *cultural*. Defiendo un cambio radical de orientación, mejor, de manera de existir, de percibir. Cambio tal vez compatible con los orígenes espirituales de Occidente y hasta con el capitalismo y la democracia parlamentaria como *instrumentos*; no desde luego compatible con el individualismo capitalista como *religión*. O volvemos a recuperar una buena relación con el *atraso* de la existencia, con la finitud de la condición humana, un “subdesarrollo” (*analógicode* la finitud) que envuelva al capitalismo y a la democracia, o estamos empujados a una infelicidad creciente, en medio de este desierto digitalizado, y a crear infelicidad en los que nos rodean con guerras continuas hacia el exterior. No creo que lo que defiendo sea exactamente una perspectiva de extrema izquierda en estado puro, aunque mantenga muchas concomitancias con ella.

**3. Conectando tu texto con los trabajos de Tiqqun, ¿podrías explicarnos qué momento vive la comunidad? ¿Qué comunidad está aconteciendo?** Primero es de destacar que soy de los que manejan una diferencia entre *comunidad* y *sociedad* que me sigue pareciendo pertinente. La *sociedad* (*Gesellschaft*) es hoy la asociación masiva del aislamiento, el blindaje de la separación entre los hombres en un conglomerado gigantesco que justifica todas las delegaciones, todas las dimisiones personales, nuestro constante *indecisionismo*. La “complejidad” de nuestra sociedad (y su expresión externa, la información) es lo que hace que, en dirección contraria a Sartre, nadie sea responsable, a veces ni siquiera de sus cuestiones más íntimas, que se delegan en el especialista, sea psicólogo, informático, médico o periodista. En conjunto, la complejidad “social” está ahí para que la vida individual no pueda confiar en sus propias fuerzas, en su “naturaleza”. Tanto Baudrillard, que cito abundantemente, como Deleuze, Badiou o Agamben (por no hablar otra vez de Tiqqun) se han extendido irónicamente sobre este papel aislativo y alienante de “la sociedad”, una función paralizante donde el “Estado” y el “Mercado” se relevan, igual que lo hacen la “izquierda” y la “derecha”.

Por el contrario, la *comunidad* (*Gemeinschaft*) es en la interpretación de Tönnies una sociedad pequeña, no guiada por un fin utilitario. Pero las comunidades están hoy en día, casi de forma generalizada, en el punto de mira de la sociedad y sometidas a cerco. *Comunidad* es lo que surge en el cara a cara de la acción, del encuentro, de los afectos. En este sentido, es *comunidad* tanto la familia como la pandilla de amigos, la asociación de vecinos o el grupo de discusión local. Pero como el “imperativo de transparencia” del imperio social odia todo lo que sea opacidad o secreto, todas las comunidades está sometidas a presión, desde la familia al “botellón” juvenil. La comunidad, que no es “traducible” a una sociedad con tareas generales, tiene hoy un aire de secta secreta que la hace sospechosa. La sociedad global querría convertir al individuo solamente en un *nudo* de la red técnica de control. En este sentido, odia a una existencia que es comunitaria en su devenir; odia lo comunitario como odia todo lo que haya entre nosotros de naturaleza. Podíamos decir (existe un texto de Žižek precioso en este sentido: “El malestar en la democracia formal”) que la maquinaria de guerra occidental, la religión del aislamiento individualista, mantiene una mala relación con todas las culturas que sean comunitarias, desde los árabes a los eslavos. Nuestra religión es la del individualismo feroz: sólo así se mantiene el capitalismo, con un individuo rodeado continuamente por miedos inducidos que le mantienen aislado, dependiente

de *la sociedad* y su corte de expertos, sin poder confiar en sus propias fuerzas, su entorno, sus cercanos. Hasta su propio cuerpo está hoy atravesado de tecnologías que le hacen dependiente. La deconstrucción de la decisión que ha practicado la burocracia de izquierdas, no ha dejado de aliarse con esta *atenuación* capitalista de la potencial forma-de-vida en cualquiera.

Es obvio sin embargo que de un tiempo a esta parte están resurgiendo formas de *comunidad* (pequeñas, locales, siempre con algún fin práctico desligado del afán de lucro) que le permiten al individuo juntarse con sus cercanos, salir del aislamiento, compartir sus afectos y experiencias, convivir, luchar en común. De las asociaciones de vecinos a las tribus juveniles, del fortalecimiento de la familia a las comunidades en torno a aficiones compartidas (senderismo o lo que sea), la mancha de un nuevo comunitarismo, que nunca desapareció del todo, está intentando suavizar la dispersión del individuo en "la sociedad" y la información. Asistimos a una recuperación de las formas de vida que resisten a la presión global, a la delegación global. No puede haber un cambio histórico, ni cultural ni social, sin no se recupera entre nosotros una rebelión de la existencia, una nueva idea de *la decisión* personal, con la reinención comunitaria que esto supone. Un comunitarismo, por cierto (piensa en J. Bové en Francia), que resurge ideológicamente *híbrido*, al margen en buena medida de la división clásica entre la izquierda y la derecha. Es significativo que, frente a los EEUU hipercapitalistas, Michael Moore reivindique una rebelión donde lo estrictamente "ideológico" pasa a segundo plano. En *Capitalismo: Una historia de amor*, más aún que en las anteriores, los que aparecen resistiendo a la barbarie de la avaricia desde un nuevo comunitarismo hablan cualquier idioma ideológico, desde el cristianismo hasta la democracia radical.

**4. Uno de los conceptos más polémicos que esbozas en tu ensayo es el de "violencia verde". De hecho, recientemente, has escrito un artículo donde has matizado un poco más tus argumentos. ¿Por qué crees que está resultando polémico incluso para personas que están cercanas a tu línea de análisis? ¿No estás utilizando el termino *verde* abusivamente, sin discriminar entre políticas institucionales (en teoría "sostenibles" ecológicamente) y perspectivas ecologistas muy críticas con la sociedad de consumo?** En principio, no tengo nada contra el ecologismo, todo lo contrario. Incluso creo que nuestro mundo sería peor sin el ecologismo institucional, este *verde aguado* que poco a poco se ha difundido en los medios. Todo mi trabajo desde hace casi una década, desde luego en *Votos de riqueza*, parte de una buena relación con la naturaleza. Y además una naturaleza "salvaje", peligrosa, incierta, no mecanicista. Una naturaleza no "naturalista", que no depende del hombre y sus cálculos, más profunda que todas sus leyes, que no va a esperar al hombre para imponer su fuerza. Una naturaleza, en suma, incalculable, donde la muerte es el fondo de una potencia que nadie sabe lo que puede. Nadie sabe lo que puede un cuerpo: nadie sabe lo que puede la naturaleza. En este punto algo le debo a Galicia y a la mitología céltica que allí se respira. Debido a ella y a una experiencia casi mítica de la naturaleza, siempre me he sentido alejado de los presupuestos ilustrados clásicos y más cercano al Barroco o a los románticos. Más cercano a Leibniz que a Newton. Desde esta *confianza* en lo exterior a nuestra hipocondría urbana, es desde donde critico seriamente al ecologismo medio que nos envuelve. Lo critico, en cierto modo, igual que critico la alternancia izquierda-derecha: sin que por ello niegue, lo repito, que el mundo sería aún peor sin el ecologismo (o el feminismo). No niego en absoluto que haya corrientes ecológicas muy distintas, que no conozco bien (el mismo Lomborg, a quien cito, no es equiparable a otros). Lo que digo es que en conjunto el ecologismo sólo ha venido a lavar nuestra mala conciencia, a servirnos un triste sucedáneo televisivo de "vuelta a la naturaleza" que complementa demasiado bien nuestro retiro, nuestro *racismo* con esa potencia natural de la muerte.

Para que volvamos a una naturaleza que jamás será apacible, previsible y "naturalista", es necesario que recuperemos una relación directa con el desorden, con el riesgo, con la incertidumbre... y con la decisión que nace de ella. En última instancia, con la muerte. No lejos de los presupuestos "existencialistas",

defiendo que el hombre recupere su autonomía *personal* en un diálogo con aquello que jamás sabrá de sí mismo, con aquello que siempre será exterior (incluso la intimidad es exterior) y peligroso. Como ves, mi "naturaleza" reabsorbe a Freud y a Lacan. Desde esta relación fuerte con la espiritualidad de la naturaleza, que otras culturas (de Japón a Rusia, de Siria a China) mantienen mejor que nosotros, es desde donde critico nuestro ecologismo de cartón piedra. Hemos cambiado un odio a la naturaleza que llevaba a destruir todo lo que obstaculizase nuestras autopistas a un odio a la naturaleza que consiste en querer ordenarla, conservarla, numerar, clasificarla. Los osos asturianos primero se diezman con rifles y después, los que quedan se convierten en patéticos robots equipados con un chip de control. Las tecnologías digitales relevan a las analógicas en el odio. Hay en la fotografía, en la voracidad informativa, en el turismo y en la ciencia actual una aversión a la vida salvaje que no es menos feroz que en la antigua caza. El tema es largo y complejo: invito a leer "Esta violencia verde", correspondiente a capítulo IX de la futura edición francesa de *Votos de riqueza*, o por ejemplo, el "Sexto círculo" de *La insurrección que viene*. Ambos textos mantienen una perspectiva un poco "apocalíptica", de acuerdo, pero creo que reflejan a su manera lo lejos que estamos, con nuestro ecologismo de salón, de un amor a la naturaleza.

No es necesario ni posible "conservar" la naturaleza. Una naturaleza *conservada*, con árboles en línea y animales que bajan a comer a horas fijas, es un artificio más que nos separa de la potencia natural, esa vitalidad de la muerte que podría salvarnos *en* la misma existencia del hombre, en la vida individual y comunitaria. Es necesario y urgente recuperar una relación con las sombras que nos permita volver a la naturaleza, a una tierra que *nos conserve* a nosotros. Nos conservará enseñándonos que la "solución" no consiste más que en afrontar la perdición, en extraer sentido de la finitud y los límites, de aquello que con demasiada facilidad hemos llamado "accidente". De este *sentido real* que podría salvarnos es de lo que se encarga la poesía y el arte, que la filosofía debe tomar de la letra como *ciencias del ser único*. No sé si me explico...

**5. Inscribes la propuesta de Tiquun, sin duda, en la tradición izquierdista. ¿Podrías afinar un poco más e identificar en cual de ellas? ¿En la clásica que tiene su origen en el "novecento" (marxismo, socialismo utópico, anarquismo...) o en la que nace con el mayo del 68? ¿Qué novedad crees que nos propone?** La "tradición izquierdista" es tal vez una expresión que les resultaría incómoda a ellos, habida cuenta del grado de enfrentamiento que mantienen con lo que podríamos llamar izquierda. Por un lado, creo que tienen una buena relación con sectores de la izquierda clásica, Marx y el anarquismo, por supuesto, pero también con ámbitos más oscuros de la izquierda, como Blanqui o Stirner. Éste último, a quien nunca citan, era una de las bestias negras para Marx, objeto de burla en *La sagrada familia*, y sin embargo pienso que está muy cercano a las posiciones de Tiquun. Lo está en un análisis "neohegeliano" de la existencia que es mucho más penetrante y metafísico que el de Marx. Después, este *medio anónimo* mantiene una excelente relación con las Vanguardias de comienzos del siglo XX, tanto el expresionismo, como Joyce, Kafka, Benjamin o Walser. De ellos hacen una mezcla bastante *sui generis*. Otro de sus pilares creo que es sin duda Debord, con quien comparten esa actualización de la crítica al "fetichismo de la mercancía" que fue un poco olvidada por el marxismo clásico. Pero, claro, el último aporte que constituye su bagaje, las referencias a Heidegger y Agamben, es algo que desorienta incluso a los neosituacionistas actuales. Como ves, no dejan de buscarse fuentes de inspiración y frentes de conflicto.

**6. ¿El nivel de análisis crítico está compensado con el nivel de propuesta? ¿Encontramos la misma solidez? ¿La misma novedad?** En cuanto a esta cuestión, se ha discutido mucho... Lo normal es que la "alternativa", cuando se cae tal vez en la trampa de darla, no esté a la altura del diagnóstico crítico, si éste ha sido realmente audaz, nuevo. ¿Cómo estar a la altura del hundimiento general que ellos

pronostican? ¿Cómo hacer una propuesta general que a su vez no entre en el problema general que denuncia, el de lo que ellos llaman “la política clásica”? Sin embargo, después de una primera impresión un tanto superficial, la verdad es que la última parte *positiva* de *La insurrección que viene* es extremadamente interesante, plagada de ideas difíciles, algunas de ellas nacidas de una *praxis* de la cual uno apenas sabe nada. Con todo, creo que su “propuesta” está en la implacable visión que mantienen, en esa potencia insólita de hacer el vacío, de dejarnos en suspenso, en blanco. Después de asistir a ese barrido por nuestro mundo, congelando momentos visionarios de nuestro poder “algodonoso”, de nuestra opresión a cámara lenta, congelándonos para armarnos con una percepción distinta, todo lo que venga después va a ser nuevo y efectivo, incluso en el plano de las “reformas”. Como digo en algún lugar, aunque después de ese *travelling* concluyamos (en parte por su misma radicalidad) que no sabemos qué hacer, incluso que no se puede hacer nada, el mundo ya no es el mismo y nosotros no somos los mismos. Por lo tanto, creo que la primera tarea política, si queremos cambiar algo de las cosas, es tomar completamente en serio esa incursión. Es ahí donde justamente falla la izquierda, contenta con su escolástica administrada, con su pequeño lugar bajo el sol del Imperio. Pedir respuestas sin antes aguantar la intemperie de la pregunta es jugar al juego de siempre, el de la alternancia que gestiona el sistema desde su ala izquierda. Lo que faltan son preguntas que hieran, que bloqueen ese juego, y ellos las hacen. Tal vez fuerzan un poco el tono provocativo debido a nuestra sordera.